



Orfancia

Athos Zontini

DESTINO

# Índice

Portada  
Dedicatoria  
Cita

Nada me ha hecho nunca tanto daño...

Primavera

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12

Verano

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3

- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Otoño

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

## Invierno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

## Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A Sara*

*It's Alright, Ma (I'm Only Bleeding)*

BOB DYLAN

Nada me ha hecho nunca tanto daño como el amor. Al poco de nacer, estuve a punto de morir de una hernia estrangulada. Mis padres me veían llorar día y noche, y no entendían, se obstinaban en tenerme en brazos como si fuera cuestión de afecto, una nostalgia de la placenta que hubiera que colmar.



## Primavera

## 1

—Abre la boca, por favor. —Mi madre se acerca con el tenedor—. Venga, que se enfría la carne.

Los perros están en un rincón, ambos con el rabo entre las patas. En el otro extremo de la mesa mi padre tiene los ojos fijos en el televisor. Corta un trozo de filete y lo mastica despacio, sin hacer ruido. Se le ensancha la garganta al bajarle la carne por ese largo cuello de pájaro. Cierro los ojos y mentalmente pido un deseo: ¡ahógate, ahógate, ahógate!

—¡Traga! —estalla mi madre con el tono estridente que le sale cuando no puede más, un tono que no parece el suyo.

—Por favor, baja la voz. —Mi padre señala el televisor.

—Mira que eres..., sabes que le hace daño.

—Termino de ver las noticias y lo apago.

Esta historia de que la televisión me hace daño es una obsesión del pediatra. Dice que me quita el hambre.

Mi madre se levanta de pronto, acerca su silla a la mía y vuelve a sentarse de golpe. Sus anchas caderas se bambolean mientras la silla cruje bajo el peso.

—Vamos, come —me implora agitando el tenedor.

Los perros levantan el hocico como si mi madre estuviera enfadada con ellos.

—No tengo ganas. —Le aparto el brazo, pero ella no se mueve, el tenedor tiembla, el trozo de carne resbala, se me cae en los pantalones y de ahí al suelo.

Los perros apenas tardan un segundo en devorarlo.

—Para, mira lo que estás haciendo. —Mi madre coge la servilleta, la moja y me la restriega en la pierna.

Mi padre no dice nada pero se estira el bigote entre el índice y el pulgar. Es lo que hace cuando se pone nervioso. Para él, sólo los idiotas se manchan al comer. Es una de esas cosas que no soporta, como las uñas negras, las camisetas sudadas o ver a alguien llorar.

Mi madre pincha otro trozo de carne.

—Venga, ya está bien.

Y seguirá así hasta la noche. Lo hace siempre.

La carne está fría, me la aplasta sobre la boca, y yo siento el acero pinchándome los labios y presionándome los dientes, que mantengo apretados.

—¡Que abras la boca!

Mi padre mira a su alrededor como si pudiera ver el grito atravesando las paredes y metiéndose en casa de los vecinos.

—No chilles, por Dios.

Mi madre baja el tenedor y grita aún más fuerte.

—¡Yo ya no puedo más! ¿Por qué no intentas tú obligarlo a comer?

Cada día es una lucha. Dicen que crezco débil y enfermo, que no soy normal porque no tengo un gramo de grasa en el cuerpo, que, comparados conmigo, los otros niños parecen gigantes. Dicen que tengo que comer, que no es posible que un niño de mi edad no tenga apetito. Yo no quiero comer. Pero mi madre no se resigna, sigue dándome de comer como si ella estuviera muerta de hambre.

Mi padre vuelve a atusarse el bigote y sigue viendo las noticias.

Me quedo pasmado mirando la pantalla, la espalda se me dobla sola, extendiendo los brazos sobre la mesa, apoyo la cabeza y mi pelo acaba dentro del plato. Lo tengo tan largo que me confunden con una niña. A mis padres les da vergüenza, pero no me llevan a la peluquería porque con el pelo corto parezco aún más flaco.

—¡Ten cuidado! —Mi padre se levanta, arroja la servilleta en el plato y se va.

El desprecio en sus ojos es tan grande que me deja sin respiración.

—Mira lo que has conseguido, ya se ha enfadado papá. Venga, come. De aquí no te levantas hasta que te termines el plato, aunque tengamos que estar toda la noche.

Cojo el trozo de carne con los dientes y lo mastico infinitamente.

Los perros me imitan con la boca cerrada.

—Hala, traga. Date prisa.

Siento asco, es como si tuviera un calcetín sudado en la boca.

—Te juro que, igual que te he dado la vida, te la quito.

Mi madre me acaricia la frente como si me estuviera pidiendo perdón. Intento zafarme pero es demasiado tarde. Me tapa la nariz con una mano y con la otra me aprieta la barbilla hasta que trago.

Sigue así una hora entera, no me deja en paz hasta que el plato está vacío. El último bocado me lo coloco con la lengua en el fondo de la mejilla y apoyo la cabeza en sus blandas piernas. Ella me acaricia el pelo, y nos quedamos quietos. Podríamos estar así para siempre.

Después me coge en brazos y se levanta.

—Vamos a la cama, que es tarde.

## 2

Acaba de oírse un grito. Ocurre a veces en plena noche. Son los gritos de los otros niños. Duran un instante y, después, silencio. Tengo miedo, estoy harto de cerrar los ojos, abrirlos y encontrarme con la misma oscuridad. Mis padres me obligan a dormir con la luz apagada porque el pediatra ha dicho que así se crece mejor. Doy vueltas en la cama, con la boca llena de saliva, sigo sintiendo el sabor de la carne incluso después de haberla escupido.

Me quito la camiseta del pijama, la extiendo en el suelo y vomito encima. Con el estómago vacío, hago una bola con la camiseta y la escondo debajo de las sábanas.

Ahora tengo que esperar a que mis padres se vayan a dormir. Después de acostarme, mi madre suele volver a la cocina. En la mesa, cuando estamos todos juntos, come como un pajarito, siempre dice que está a régimen, pero de noche saca de la nevera las sobras de la cena y del almuerzo y se lo zampa todo. A veces, para combatir el sueño, me levanto y voy a espiarla. La veo con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, inmóvil, mirando fijamente los recipientes vacíos.

Mi padre, después de cenar, se queda despierto hasta tarde viendo la tele en el salón. De la pantalla sale una luz gris que ilumina tenuemente el sillón y a él lo deja inmerso en la oscuridad.

Cada vez me pesan más los párpados. Después, como de costumbre, llegan esos ruidos que me son tan familiares. Mi padre abre la puerta de casa, vuelve a cerrarla y después pasa a las ventanas. Las comprueba todas una por una. No es capaz de irse a la cama sin haberse asegurado de que está todo bien cerrado.

Espero a que se meta en su habitación y, en cuanto apaga la luz, me levanto. El suelo del pasillo está frío, pero si voy descalzo no hago ruido. Los perros se me acercan moviendo la cola y olisquean la camiseta del pijama que llevo debajo del brazo. En el baño lleno el lavabo de agua y jabón, y froto bien la camiseta. A continuación la escurro, quito el tapón y salgo.

Los perros me siguen. A la mitad del pasillo reparo en una respiración ronca y profunda que viene de la oscura escalera. Me quedo inmóvil y, un segundo después, se enciende la luz. Mi madre jadea en lo alto de los escalones, con una mano en la rodilla y la otra apoyada en la pared.

Mis padres siempre se llevan un susto cuando me ven de repente, pero se les suele dar bien hacer como si nada. Sin embargo esta vez, quizá porque mi madre no esperaba verme levantado a esas horas, cuando aparezco delante de ella medio desnudo, esquelético y tan pálido como un fantasma, se sobresalta del susto, pierde el equilibrio y cae por la escalera, rebotando como una pelota.

## 3

—Vamos, arriba, que hace un sol espléndido.

Mi madre abre la ventana, y yo me vuelvo hacia la pared.

—Tengo sueño.

Los perros se acercan a la cama. *Ringo* mete el hocico debajo de las sábanas y me lame los brazos. *Otto* se queda dos pasos atrás, meneando la cola con tanta fuerza que empieza a jadear.

—Ya sabes que papá se enfada si te levantas tarde.

—Pero estoy de vacaciones.

Hace una semana que acabó el colegio, pero siguen despertándome temprano porque el pediatra ha dicho que me tiene que dar el sol lo más posible.

—Anda, venga, ve a lavarte.

Ya casi siento el agua fría en la cara y escondo la cabeza debajo de la almohada. ¿De qué sirve lavarse? Dentro de unas horas estaré otra vez sucio.

—Venga, no protestes como de costumbre.

Mi madre aparta las sábanas, y me quedo sin respiración. Es un monstruo, tiene los ojos morados y la nariz hinchada, debajo de todo ese maquillaje podría ocultarse cualquier persona. El miedo me atenaza la garganta mientras ella esboza una sonrisa deforme y me coge de la mano.